

LA CRISIS DE TARTESO Y EL PROBLEMA DEL SIGLO V A.C. EN EL ÁMBITO GEOGRÁFICO TURDETANO¹

THE TARTESSUS CRISIS AND THE PROBLEM OF THE 5TH CENTURY B.C. IN *TURDETANIA*

EDUARDO FERRER ALBELDA
DPTO. DE PREHISTORIA Y ARQUEOLOGÍA,
UNIVERSIDAD DE SEVILLA
✉: eferrer@us.es

FRANCISCO J. GARCÍA FERNÁNDEZ
DPTO. DE PREHISTORIA Y ARQUEOLOGÍA,
UNIVERSIDAD DE SEVILLA
✉: fjgf@us.es

ANALES
DE ARQUEOLOGÍA
CORDOBESA
NÚMERO 30 (2019)

RESUMEN

La crisis del siglo VI a.C. originó transformaciones, como el fin de la economía colonial y de la aristocracia orientalizante, precipitadas por conflictos internos interpretados como la expresión de movimientos contra la población fenicia y la aristocracia local. El nuevo panorama se caracteriza por unas bases sociopolíticas y económicas diferentes que han dejado huella en el registro arqueológico, más por sus ausencias (necrópolis, santuarios, artesanía de lujo) que por la evidencia arqueológica. Así mismo, el siglo V a.C. ha sido definido como un doble fenómeno de transformación y continuidad: transformación en los fundamentos políticos de la coexistencia social –decaencia de la aristocracia gentilicia y emergencia de los valores cívicos– y la consolidación de la ciudad-estado, y continuidad en la estructura de los territorios, aunque fue entonces cuando empezaron a definirse las “fronteras” de las más importantes ciudades, como Carmo.

Palabras clave: Tarteso, Turdetania, crisis, aristocracia, fenicios, violencia, ciudades-estado.

ABSTRACT

The crisis of Tartessos in the Lower Guadalquivir originates transformations during the sixth century BC, with the end of the the Phoenician colonial economy and the orientaling aristocracy, as well as in the internal conflicts which we interpret as the expression of violent movements against Phoenician population and local aristocracy. The new panorama was characterized by different socio-economic and political foundations that have left a distinct archaeological record of Early Iron Age defined by absences (necropolis, sanctuaries, luxury items) better than by the archaeological evidence. The Fifth century BC was defined by a double phenomenon of transformation and continuity: transformation in the political foundations of social coexistence –decay of the gentile aristocracy and emergence of civic values– and the consolidation of the cities-state, and continuity in the structures of the territories, although it was then that began to define the “boundaries” of the most important cities, including *Carmo*.

Keywords: Tartessus, Turdetania, crisis, aristocracy, Phoenicians, violence, cities-state.

¹ Este trabajo se integra en el Proyecto de Investigación *Tarteso olvidado (en los museos)*, aprobado y financiado por el Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades (PGC2018-097131-B-I00).

1. INTRODUCCIÓN

El estudio histórico de la crisis del siglo VI y del siglo V a.C. en el ámbito geográfico turdetano presenta una problemática polifacética, centrada básicamente en la deficiencia de las fuentes de información, que podemos resumir en tres aspectos: la parquedad de las referencias literarias grecolatinas sobre esta secuencia espacio-temporal, un registro arqueológico insuficiente y escasamente sistematizado y, quizás con una mayor trascendencia sobre el discurso histórico, el peso de tradiciones historiográficas firmemente asentadas en el ámbito académico.

1.1. LAS TRADICIONES HISTORIOGRÁFICAS

Ciertamente no faltan razones para considerar el período iniciado en el siglo V a.C., o quizás antes, a mediados del siglo VI a.C., como una fase singularizada por el cambio respecto del período inmediatamente anterior, conocido como “orientalizante” o Hierro I (siglos VIII-VI a.C.), aunque no hay consenso en la caracterización de ese proceso de cambio. Los planteamientos catastrofistas de antaño, como la destrucción violenta de Tarteso por obra de cartagineses, de gaditanos o de pueblos meseteños (Maluquer, 1990 [1970]: 129-140; Alvar et al., 1992: 39-52; Alvar, 1993: 39-68) no gozan hoy de ningún crédito y han sido sustituidos por la percepción de una decadencia económica precipitada por la caída de Tiro y la consecuente crisis del comercio con Oriente, basado en la explotación de la plata y del estaño. A ello habría que añadir el agotamiento de los filones metalíferos y la dificultad de explotar

otros nuevos en la Sierra Morena occidental (Fernández Jurado et al., 1997: 52; Belén y Chapa, 1997: 144; Rufete, 2002: 189), desplazándose el interés hacia otros distritos mineros en el Sureste de Iberia. En síntesis, la repercusión de la crisis debió dañar la estructura de la economía colonial, contribuyendo a ello otros factores externos como la interferencia del comercio focense, los conflictos subsiguientes con Cartago y los etruscos en el Mediterráneo central y, en líneas generales, la reorientación de la economía tanto de las ciudades fenicias como los asentamientos indígenas de la Península Ibérica (Maluquer, 1990 [1970]: 139; Ruiz Mata, 2001: 176 ss.).

Esta crisis, a efectos étnico-culturales, se correspondería con la transición desde el período “tartésico” (VIII-VI a.C.) al “turdetano” (V-II a.C.) (Pellicer, 1979-80). En esta secuencia hay, sin embargo, un problema de nomenclatura que induce a confusiones, pues Tarteso no fue destruido, o por lo menos no lo fue en el sentido que siempre se ha interpretado, como sinónimo de desaparición violenta de una ciudad, de un reino, de una civilización o de una cultura, como el ocaso de una edad dorada y el comienzo de una etapa de decadencia y de crisis económica. En la literatura grecolatina no quedó huella ni de su destrucción ni de una decadencia económica, y Tarteso y los tartesios, frente a lo que se sostiene habitualmente, siguieron vivos en el imaginario griego, no sólo como una reliquia del pasado (por ejemplo, en Heródoto), sino, sobre todo, en el sentido originario de ambos conceptos: la existencia más allá de las Columnas de Heracles de un territorio denominado Tarteso y de la población homónima que lo habitaba (Álvarez, 2009; 2010; Ferrer y Prados, 2013: 406-408).

Turdetania y turdetanos no comparecen en la historiografía grecolatina hasta mucho después, tras la conquista romana, a partir del siglo II a.C. (Ferrer y García, 2002; García Fernández, 2002; 2003). Estrabón establecería una clara identificación geográfica y cultural entre Tarteso y Turdetania, el primero referido al pasado prerromano y la segunda al presente romano, identidad común que se puede advertir también en el análisis onomástico de ambos términos (García Moreno, 1989; Villar, 2000; García Fernández, 2003) y en el registro arqueológico (Pellicer, 1979-80). Por tanto, el uso del término “turdetano” para el período comprendido entre los siglos V y II a.C. (o Hierro II) es erróneo y equívoco, aun cuando su uso está casi canonizado en la bibliografía arqueológica. En este sentido, es necesario insistir en que la secuencia tartesios-turdetanos es un producto “arqueológico”, característico del historicismo cultural, que ha utilizado arbitrariamente dos étnicos para distinguir sendas fases dentro de una misma “cultura arqueológica”, sin que esta secuencia constituya, en ningún caso, un cambio trascendente en la composición étnica de estas poblaciones.

1.2. LA DOCUMENTACIÓN LITERARIA GRECOLATINA

En efecto, no son pocos los testimonios que se refieren a Tarteso y a tartesios como topónimo y étnico de Iberia respectivamente durante los siglos V-III a.C. No consideraremos en esta relación las conocidas referencias de Heródoto (4.152; 4. 163) porque el de Halicarnaso usó el topónimo como un ejercicio “arqueológico”, describiendo un pasado atribuible a la época de las navegaciones samias y foceas

(siglos VII-VI a.C.); ni tampoco el testimonio del pseudo-aristotélico por un uso similar, aunque referido a las primeras navegaciones fenicias a Tarteso (*Mir.* 135; *THA* IIB 66g). Sin embargo, el topónimo (en dos versiones, Tarteso y Tartesia) sí aparece en la obra periegética de Hecateo (c. 500 a.C.) como una región donde se ubican las *poleis* de *Elibirge* (Fr. 39 Jacoby; *THA* IIA 23h) e *Ibila* (Fr. 45 Nenci; *THA* IIA 23i). Asimismo, los tartesios se identifican como una *phylé* (tribu, pueblo, raza) de Iberia en la obra de Herodoro de Heraclea (fl. 400 a.C.), y se ubicarían en las costas cercanas al Estrecho de Gibraltar entre cinetes y mastianos. Como étnico son vueltos a citar por Teopompo (siglo IV a.C.) en relación geográfica con *Masía*, de la que eran vecinos (*Philippica*, FGH 115 F 200 (=200 Müller); *THA* IIB 64b). De esta misma centuria es además el testimonio de Aristóteles, pero en esta ocasión Tarteso es un hidrónimo, cuya primera mención se remonta a época arcaica (*Meter.* 350a 36; *THA* IIB 65b).

A mediados del siglo IV a.C. se suele datar otro ejemplo del uso de Tarteso como corónimo: es el *Tarseio* del segundo tratado suscrito entre Cartago y Roma (c. 348 a.C.), uno de los límites, junto con *Mastia*, impuesto por Cartago a Roma y a sus aliados en Iberia (*Pol.* 3.24.1-16) sobre determinadas actividades como el comercio, la piratería y la colonización (Ferrer, 2013). Aunque se ha puesto en duda la ubicación ibérica de ambos topónimos, la reiteración de la localización de uno y otro, y de sus respectivos étnicos, con la Península Ibérica, además del testimonio de Esteban de Bizancio (*THA* IIB 142cc), entre otros argumentos, son lo suficientemente significativos como para no dudar del testimonio (Ferrer, 2008; 2011-2012).

Los datos más tardíos sobre el uso corónimo de Tarteso ponen de manifiesto que era un topónimo aún productivo en el siglo III a.C. El primero procede de Licofrón, autor a caballo entre esta centuria y la anterior (*Alexandra*, 643; THA IIB 70a), y algo posterior es la información del geógrafo Eratóstenes (Str. 3.2.11.), quien afirmaba que “se llamaba Tartésida a la región que linda con Calpe”, es decir, más allá del Peñón de Gibraltar (Gómez Espelosin, 2007: 191).

En síntesis, podemos extraer dos datos importantes de los escasos conocimientos –directos o indirectos– y de la percepción que los testigos griegos tenían de las tierras del extremo Occidente: 1) que más allá de las Columnas de Heracles, como en la época arcaica, seguía existiendo un río y un territorio costero denominados Tarteso; y 2) que en esa región existían *poleis*, al menos dos. La información proporcionada por Hecateo de Mileto, que podría datarse a fines del siglo VI o principios del V a.C., es significativa por cuanto el concepto de *polis* en este autor se refiere, según O. Murray (2000: 238), a “un prototipo de ciudad-estado no exclusivamente heleno caracterizado por su ubicación en las principales rutas comerciales y por disponer de áreas de mercado, mantener un alto grado de autonomía política y generar fenómenos de aculturación en las áreas tribales circundantes” (Ferrer y García, 2007: 659; Ferrer et al., 2008: 227).

1.3. EL REGISTRO ARQUEOLÓGICO

De las tres fuentes de información, la documentación arqueológica es la que tiene un mayor potencial para analizar el problema de

los siglos VI y V a.C. pero, como hemos advertido, no disponemos de un registro sistematizado ni de yacimientos excavados en extensión, todo lo más de una nómina no muy extensa de asentamientos explorados mediante sondeos estratigráficos de dimensiones reducidas (Escacena, 1987; 1989; 1993) y de prospecciones arqueológicas superficiales desiguales que informan sobre las pautas generales del poblamiento en el Guadalquivir bajo y medio, aunque con no muchas posibilidades de matización (García Fernández, 2006; Ferrer et al., 2008). No obstante, en los últimos años algunas intervenciones arqueológicas recientes (Ferrer y García, 2007) y las revisiones de excavaciones antiguas (García y González, 2007; García Fernández, 2010; García y Ferrer, 2010), nos permiten mirar con ciertas dosis de optimismo el futuro de los estudios sobre el Hierro II en el Bajo Guadalquivir a corto y medio plazo.

Hace ya más de dos décadas J.L. Escacena (1993), en una revisión de los yacimientos excavados en Andalucía occidental, se refirió a la “muerte de Tartessos” como la evidencia de los cambios profundos advertidos en el registro arqueológico a lo largo del siglo VI a.C., que suponían una ruptura con los modelos de vida orientales transmitidos a través de la colonización fenicia y, en cierta medida, la recuperación de la “identidad perdida” de la población autóctona y, por ello, de sus costumbres ancestrales, un fenómeno que se evidenciaría singularmente en las costumbres funerarias y en las manifestaciones religiosas (Escacena, 1989: 433-476; 1992: 321-343).

Lo cierto es que, desde un análisis estrictamente arqueológico, en el transcurso del siglo VI a.C. se produjeron fenómenos

que auguraban el fin de una época y el comienzo de otra, aunque las bases demográficas y poblaciones siguieran siendo básicamente las mismas. Algunas transformaciones fueron el producto de un cambio estructural, de larga duración, otros debieron constituir hechos puntuales, como los episodios de violencia que pudieron acelerar este mecanismo de cambio, pero ambos intervinieron como causas coadyuvantes que cristalizaron en lo que se denomina habitual –aunque equívocamente– “período turdetano” o “cultura turdetana” (Ruiz Mata, 1998; cf. García Fernández, 2002: 219-231).

2. LOS SÍNTOMAS DE UNA NUEVA ÉPOCA

No nos centraremos en las causas exógenas (caída de Tiro, colonización focea, conflictividad en el Mediterráneo central, emergencia de Cartago, etc.) que pudieron contribuir, acelerar o determinar las causas de la profunda transformación experimentada en el Bajo Guadalquivir en estas décadas. Describiremos aquellos fenómenos locales que pueden ser analizados en el registro arqueológico y que indican posibles causas endógenas (Ferrer, 2007: 199-205). Como una de las más significativas puede citarse la desaparición de la economía colonial. Se aceleró, por un lado, la disolución de la dependencia de las antiguas colonias fenicias respecto de su metrópoli, con el subsiguiente proceso de formación de ciudades-estado (Arteaga, 1994; 2001; Ferrer et al., 2008), y, por otro, se percibe la dislocación de las relaciones de estos estados neonatos con sus respectivas periferias. Por ejemplo, en el ámbito geográfico de la paleodesembocadura del Gua-

dalquivir durante gran parte del siglo V a.C. apenas se registra la afluencia de materiales importados de *Gadir*, una situación que no se restablecería hasta bien entrada esta centuria y, sobre todo, a partir del siglo IV a.C. (Ferrer et al., 2010; García y Ferrer, 2010).

La crisis del sistema de alianzas, de convivencia o de connivencia entre los fenicios y las poblaciones locales –en particular sus élites– se advierte en la destrucción y desaparición de aquellas instituciones que garantizaron durante más de doscientos años la fluidez de las relaciones entre una población y otra: los santuarios. Todos los santuarios y “edificios singulares” (eufemismo que enmascara lugares de culto de marcada influencia oriental) documentados en el entorno geográfico del Bajo Guadalquivir desaparecieron a lo largo de la primera mitad del siglo VI a.C., con signos patentes de violencia o de abandono, lo que permite valorar la hipótesis de una reacción violenta de la población local contra la población fenicia, que impediría con posterioridad restablecer la situación anterior.

2.1. LA DESAPARICIÓN DE LOS SANTUARIOS

El caso más llamativo, pero no el único, es el de El Carambolo (Camas, Sevilla). Los peligros que amenazaron al santuario de Astarté debieron ser tan repentinos e inesperados que obligaron a ocultar el tesoro de la diosa en las propias instalaciones del santuario, dentro de la gran fosa que había servido de “basurero” sagrado. Si el personal del santuario, presunto autor de la ocultación, no pudo volver a recuperar el valioso ajuar es porque no sobrevivió al episodio violento o

porque las circunstancias cambiaron de tal manera que no se produjo esa opción. En efecto, el edificio perdió toda su significación cultural y las estructuras fueron amortizadas como instalaciones metalúrgicas, fundamentalmente hornos, en los que no se documenta la actividad transformadora propiamente dicha, es decir, la obtención de metal a partir de minerales, sino la fundición de metales, sobre todo bronce y cobre, y en menor medida hierro y plata. La cronología de este cambio funcional se ha atribuido a principios del VI a.C. (Fernández y Rodríguez, 2007: 173-176).

También el denominado “santuario de Baal” en *Caura* (Coria del Río, Sevilla), después de cinco fases constructivas sucesivas y más de dos siglos de vida, se abandonó al igual que el barrio fenicio integrado en la parte más elevada del asentamiento indígena. Con posterioridad a la segunda mitad del siglo VI a.C., el área fue desocupada y no se volvió a construir hasta el siglo IV a.C. (Escacena e Izquierdo, 2001; Escacena, 2001: 43 y 70). Algo similar ocurrió con el área sacra de Palacio de Saltillo (Carmona, Sevilla), situada en el barrio fenicio de *Carmo*, que durante la primera mitad o a mediados del siglo VI a.C. también experimentó una destrucción repentina y su abandono forzado, que impidió retirar los enseres (vajilla, marfiles, etc.) (Belén et al., 1997: 211; Belén, 2000: 74-75; Belén, 2001: 7-10), e incluso alimentos que se estaban preparando, pues en una de las dependencias se encontraron los restos de aves y peces (Román y Belén, 2007: 495). Aunque posteriormente hubo dos nuevas fases constructivas, no parece que los edificios continuaran la función religiosa del período anterior.

Por último, en Montemolín (Marchena, Sevilla), la continuidad durante más de un siglo y medio del complejo arquitectónico integrado, como los dos casos anteriores, en el sector más prominente de un asentamiento indígena, se vio interrumpida a mediados del siglo VI a.C. por el abandono del último edificio (D), dedicado al sacrificio y manipulación de animales domésticos. Este sector del asentamiento no se volvió a edificar hasta el siglo III a.C., posiblemente en el contexto de la Segunda Guerra Púnica, continuando la vida del hábitat en el cerro vecino de Vico (Bandera et al., 1993; Bandera et al., 1995; Chaves et al., 2000; Bandera y Ferrer, 2002).

2.2. EL OCASO DE LA IDEOLOGÍA ARISTOCRÁTICA “ORIENTALIZANTE”

La desaparición de la ideología aristocrática está en directa relación con una modificación sustancial de las circunstancias que la generaron y la sostuvieron, es decir, la desestructuración de la economía colonial fenicia, el fin de la afinidad de las élites locales con las incipientes oligarquías ciudadanas fenicias y posiblemente la decapitación de las aristocracias locales en favor de la nueva clase “ciudadana” menos ligada a los lazos de parentesco y más vinculada al desarrollo de ciudades-estado gobernadas por régulos o líderes ajenos a los grupos gentilicios que habían acaparado el poder en tiempos anteriores.

Los síntomas del declive de la ideología aristocrática “orientalizante” se perciben en el registro arqueológico en la ausencia a partir de mediados del siglo VI a.C. de dos

formas de representación social mediante las cuales la aristocracia –fuese local, mestiza o fenicia– expresaba su prestigio: las necrópolis y la artesanía. Es sintomática la desaparición de los cementerios denominados “tartésios” y de las tumbas “principescas”, aunque no sólo de éstas sino también de cualquier rastro de enterramientos y de las costumbres funerarias que había representado, al menos a una parte de la población, durante los siglos VIII-VI a.C. En los cementerios conocidos, como los de Los Alcores en Carmona, especialmente la Cruz del Negro (Amores et al., 1997: 158; Amores y Fernández, 2000: 163.), La Joya (Huelva) (Garrido 1970; Garrido y Orta 1978), La Angorrilla (Alcalá del Río, Sevilla) (Fernández Flores et al. 2014) o Setefilla (Lora del Río, Sevilla) (Aubert 1975 y 1978), no se entierra a la población después del siglo VI a.C., y hasta avanzado el siglo II a.C., tras la conquista romana, no se vuelve a registrar evidencia alguna de enterramientos. Este problema ha sido analizado por M. Belén y J.L. Escacena (1992; Escacena y Belén, 1994), y este último autor habla de una “recuperación de la identidad perdida”, en el sentido de que durante el Hierro I sólo se enterrarían las poblaciones de origen oriental o aquellas muy orientalizadas, y que a partir del siglo V a.C., una vez eliminado el componente oriental, la población seguiría manteniendo las costumbres funerarias del Bronce Final que no dejaban huellas en el registro arqueológico (Escacena, 1989; 1992). Así, fueran los cementerios de la población fenicia integrada en las comunidades locales, de los sectores orientalizados (aristocráticos o no) de la sociedad indígena o de comunidades mixtas desde el punto de vista biológico y cultural, lo cierto es que en las comunidades

del Bajo Guadalquivir (no así en las ciudades fenicias) no se han documentado espacios extramuros reservados para el enterramiento de sus habitantes.

En segundo lugar, otra evidencia en el registro arqueológico sincrónica al colapso de la ideología aristocrática es la desaparición de aquellos productos asociados a la exhibición del prestigio y de la diferenciación social tanto en la vida como en la muerte, fabricados en metales preciosos o en materias primas exóticas. La mayoría de estos bienes muebles consumidos entre los siglos VIII y VI a.C. fueron importados del Próximo Oriente o producidos por artesanos fenicios instalados tanto en las ciudades fenicias como en los asentamientos indígenas, con el fin de satisfacer la creciente demanda de la aristocracia colonial y de las élites locales. A partir de la segunda mitad del siglo VI a.C., pero sobre todo a partir del siglo V a.C., menudean o desaparecen las joyas en metales preciosos, los objetos de bronce relacionados con el culto (timiaterios, jarros, aguamaniles), con el prestigio (carros) o con el adorno personal (hebillas de cinturón), los objetos de marfil y de pasta vítrea, e incluso las producciones cerámicas con decoración figurativa de temática oriental.

Sin embargo, este proceso debe ser circunscrito exclusivamente al ámbito del Bajo Guadalquivir porque en otras áreas, como Extremadura (palacios y casas señoriales de Cancho Roano, La Mata, El Turuñuelo) (Rodríguez Díaz, 2009) y Andalucía oriental (Ruiz y Molinos, 1997: 11-29) las manifestaciones de esta ideología aristocrática se mantuvieron vivas durante, al menos, el siglo V a.C., y en determinadas áreas, como Andalucía oriental hasta la conquista romana.

2.3. LA INSEGURIDAD Y LA GUERRA

Parece evidente que el aumento de la inseguridad y el deterioro de las relaciones entre las ciudades-estado fenicias y sus periferias contribuyeron a la desaparición de un fenómeno característico de los siglos VII y VI a.C., la colonización agraria, y a la concentración de la población en *oppida* (Ruiz y Molinos, 1997: 11-29; García Fernández, 2006). Todos los programas de implantación rural documentados en el valle del Guadalquivir desaparecieron, con las excepciones de *Carmo* (García Fernández, 2005; 2007) y *Nabrissa* (García Fernández, 2006; Ferrer et al., 2010: 239, fig. 4), y en la mayoría de los casos no se volvió a poblar el campo hasta después de la conquista romana. La extinción del poblamiento rural fue una de las consecuencias de las mutaciones sociales descritas, pero no cabe duda de que la creciente inseguridad y los episodios generalizados de violencia favorecieron el fenómeno de encastillamiento de la población en los *oppida* en busca de seguridad. Las excepciones, como seguidamente veremos, se debieron a la formación de estados territoriales con fronteras bien definidas y defendidas mediante centros de primer rango igualmente fortificados y asentamientos “tipo torre” cuya función era el control visual de un amplio territorio (Ferrer et al., 2011: 86-104).

En este sentido han sido constatados en numerosos centros fenómenos de destrucción, estratos de incendio, reducción de tamaño, traslados de población y abandono, así como la fortificación, a veces apresurada, de otros. Los casos de discontinuidad son, según J.L. Escacena (1993: 183-218), Montoro, Ategua, Setefilla y Alhonoiz; los de re-

ducción del área habitada o con evidencia de incendios y destrucciones, Colina de los Quemados (Córdoba), Carmona y Lebrija; mientras que aquellos hábitats que se fortificaron o reformaron sus murallas fueron Tejada la Vieja (Fernández Jurado, 1987: 316.), Cerro de la Cabezas de Fuente Tójar (Vaquerizo et al., 1992: 181) y Torreparedones (Cunliffe et al., 1993). El caso de Acinipo es sintomático: el hábitat se abandonó repentinamente en el siglo VI a.C. con evidencias de asalto, y la población fue trasladada a la Silla del Moro, donde se construyó un asentamiento de nueva planta con una potente muralla (Aguayo et al., 1991: 95-99).

Las décadas entre 550-520 a.C. debieron ser especialmente convulsas en el Mediterráneo central y occidental, como sugieren los escasos testimonios literarios (batalla de Alalia, campañas de Malco, etc.) y la evidencia arqueológica. No sabemos hasta qué punto se trató de fenómenos concomitantes con un origen común o de factores multicausales coincidentes en el tiempo, pero lo cierto es que las poblaciones ribereñas experimentaron episodios de violencia en los que el componente bélico estuvo presente, como lo pone de manifiesto un tipo de arma muy difundida en este período: las puntas de flecha de cañón hueco. Originarias de Escitia, llegaron a extremo Occidente a través de fenicios y griegos, y se registran en contextos de destrucción, asalto y abandono de asentamientos fenicios e indígenas de este entorno: Cuccuredus de Villasimius (Cerdeña), Motya (Sicilia), Pech Maho (golfo de León) y, en la Península Ibérica, en Sancti Petri (Cádiz), *Malaka*, La Fonteta, Toscanos, Peña Negra de Crevillente, El Macalón o Acinipo, entre otros (Ferrer Albelda 1994: 50). Como propusimos hace años, no se trataría de un arma caracte-

rística de un único ejército sino de un arma “internacional” y panmediterránea, aunque precisamente con una escasa difusión en el área de nuestro estudio, en el Bajo Guadalquivir y el área onubense (Ferrer 1994).

3. EL PROBLEMA DEL SIGLO V A.C.

Pocas décadas después de este declive generalizado, que ha venido a denominarse comúnmente “crisis del siglo VI a.C.” o “crisis de Tarteso”, se aprecian los primeros síntomas de una lenta pero paulatina recuperación, especialmente en las comarcas ribereñas del Guadalquivir. A partir de mediados del siglo V a.C. se sucederían cambios sociopolíticos y económicos, de momento opacos en su mayoría para la investigación, pero que han dejado una huella material perceptible –aunque no siempre escrutable– en el registro arqueológico. Por ello es preciso distinguir muy bien entre las causas o factores y las evidencias del cambio. Las primeras sólo las podemos intuir a partir de un análisis conjunto de las fuentes literarias y los datos materiales a la luz de la coyuntura que vive el Mediterráneo occidental en el tránsito de la I a la II Edad del Hierro y de los procesos regionales que afectan al cuadrante suroccidental de la Península Ibérica. Por su parte, las evidencias van a variar entre unas áreas geográficas y otras, con desarrollos cronológicos disimétricos y manifestaciones de distinta naturaleza o entidad. Así pues, aunque nos centraremos principalmente en el entorno del Bajo Guadalquivir, no podemos desligarlo de la dinámica regional que afecta a otras áreas vecinas como la bahía de Cádiz y sus campiñas interiores, el litoral del Estrecho, Huelva o el Algarve, y que permiten en-

tender estos cambios desde una perspectiva sistémica.

Hace algunos años exploramos los posibles factores que atenuaron los efectos de la crisis en la campiña de Sevilla y, en general, en el bajo valle del Guadalquivir, y que contribuyeron a la recuperación del tono demográfico, del dinamismo económico, y al mantenimiento de la estructura y organización del territorio (García Fernández, 2007: 94-95). Por un lado, se encuentra el potencial económico de la región, con recursos abundantes, diversificados y bien distribuidos en relación con las vías de comunicación. Las prospecciones llevadas a cabo en la comarca de Marchena y Fuentes de Andalucía han demostrado la existencia de una intensa actividad agropecuaria en la que los cultivos extensivos de secano se habrían podido complementar con la producción de verduras y hortalizas en las vegas de los ríos y arroyos permanentes, fáciles de irrigar. Las zonas de dehesa y las abundantes lagunas salobres permitirían además el mantenimiento de una importante cabaña ganadera, como demostraron las excavaciones llevadas a cabo en el complejo de Montemolín durante los años 1980, 1981, 1983, 1985 y 1987 (Bandera et al., 1995; Chaves et al., 1999; Chaves et al., 2000). Lo mismo puede decirse de la vega del Guadalquivir y el litoral de la ensenada bética, aunque en este caso a la producción agropecuaria habría que añadir el aprovechamiento de los recursos pesqueros, tanto fluviales como marítimos (Escacena, 1987: 294-295), teniendo en cuenta la distancia a la que en este momento se encontraba la línea de costa (Arteaga et al., 1995). Esa complementariedad de recursos fue aún más evidente en el entorno de Cádiz y, en general, en el litoral atlántico, donde las salazones y las salsas saladas de pescado se convirtieron

en uno de los pilares de la economía de *Gadir* y, muy probablemente, uno de los principales revulsivos que permitió su temprana recuperación.

Otro factor decisivo debió ser la relativa estabilidad de las estructuras políticas y sociales que se refleja, como veremos más adelante, en una continuidad en el patrón de asentamiento y en la estructuración del territorio. Sea como fuere, los conflictos que pusieron fin al “periodo orientalizante” no alteraron esencialmente ni la función de los grandes centros ni las bases territoriales sobre las que sustentaban su poder. En el caso de la campiña sevillana, el papel de Carmona debió ser determinante ya que, tras un breve periodo de inestabilidad, que se refleja tanto en la contracción del hábitat como en la construcción de estructuras defensivas, las viejas aristocracias o más probablemente nuevos grupos de poder debieron asumir el control y reorientar las bases de la estructura política y social hacia nuevas formas de organización. Prueba de ello es el lugar predominante que ocupará esta ciudad a nivel territorial en el Bajo Guadalquivir durante los siglos venideros (Ferrer et al., 2011).

Por último, hay que destacar la creciente influencia del elemento fenicio en las tierras interiores de Turdetania, que vuelven a recuperar posiciones tras el repliegue en las primeras décadas del siglo VI a.C. Esta influencia parece limitarse inicialmente al terreno comercial, al menos durante el siglo V a.C., pero no tardaron en aparecer comunidades semitas en los principales núcleos de población, cuya presencia se hace evidente a partir del siglo IV y sobre todo en el III a.C. (García Moreno, 1992; Bendala, 1994; Ferrer, 1998; Chaves et al., 2006). El pa-

pel de *Gadir* como cabeza del mundo púnico occidental y de un sistema económico y comercial –el “Círculo del Estrecho”– en el que se acabaron integrando las comunidades urbanas del Bajo Guadalquivir, parece demostrado (Ferrer 2006). Cómo y en qué medida participan estas comunidades con productos propios, y se convierten a su vez en centros redistribuidores a escala regional y local, es otro tema cuyo estudio se ha convertido en objeto de interés en los últimos años (Ferrer y García, 2007; Ferrer et al., 2010; García y García, 2010; García y Ferrer, 2011). No obstante, es probable que detrás de este fenómeno se encuentre la sombra de Cartago, que podría haber estado interesada en asegurarse no sólo el abastecimiento de productos agropecuarios en momentos de necesidad, sino también el control de las vías de penetración hacia los distritos mineros del Alto Guadalquivir y el reclutamiento de mercenarios, destinados a sus ejércitos de Sicilia y norte de África (Ferrer, 2007), como se desprende de los tesorillos de moneda cartaginesa hallados en distintos puntos de la campiña de Sevilla, y fechados entre finales del siglo IV y mediados del III a.C. (Pliego, 2003; 2005; Ferrer y Pliego, 2010).

En cuanto a las evidencias arqueológicas, lo primero que observamos es una continuidad en la mayor parte de los principales asentamientos, aunque sin el factor que había singularizado el período anterior: la presencia fenicia. De hecho, durante el siglo V a.C. se produce la emergencia de la ciudad-estado “tartesia”. Tenemos referencias textuales indirectas de este proceso, como las citas de Hecateo respecto de dos *poleis* tartesias, *Ibila* y *Elibirge*, sin identificación posible, y también evidencias arqueológicas en diversos centros, en los que el elemento



Fig. 1. Principales asentamientos del Bajo Guadalquivir.

semita, sin embargo, no desapareció o reapareció después de un paréntesis: *Onoba*, *Ilipa* y Tejada la Vieja (Ferrer, 2004). En el Bajo Guadalquivir, por su parte, la continuidad estratigráfica en *Ilipa* (Alcalá del Río), *Caura* (Coria del Río), Cerro de la Cabeza, Cerro Macareno, Montemolín-Vico y Carmona, entre otros asentamientos (Fig. 1), pone de relieve la permanencia del poblamiento en sus bases fundamentales, es decir, en la articulación del territorio (Ferrer et al., 2008).

No obstante, el fenómeno más interesante de este periodo es la perduración y desarrollo del modelo de ocupación y explotación de las áreas agrícolas inaugurado siglos atrás, a inicios de la Edad del Hierro. En efecto, paralelamente a la eclosión del modo de vida

“urbano” se documenta la consolidación de un tejido rural compacto y bien estructurado que perpetúa y densifica las líneas básicas de la colonización agraria del período orientalizante. Así pues, mientras que en otras áreas colindantes con la antigua Tartésida, como la campiña cordobesa o la depresión de Ronda, la mayor parte de los asentamientos se abandonan, produciéndose una concentración generalizada de la población campesina en los *oppida*, en el Bajo Guadalquivir el poblamiento rural no sólo se mantuvo estable, sino que se potenció, siguiendo dos procesos consecutivos (Ferrer et al., 2007). Por un lado, el incremento en el número de hábitats en las áreas anteriormente ocupadas, como es el caso de las comarcas de Marchena y Fuentes

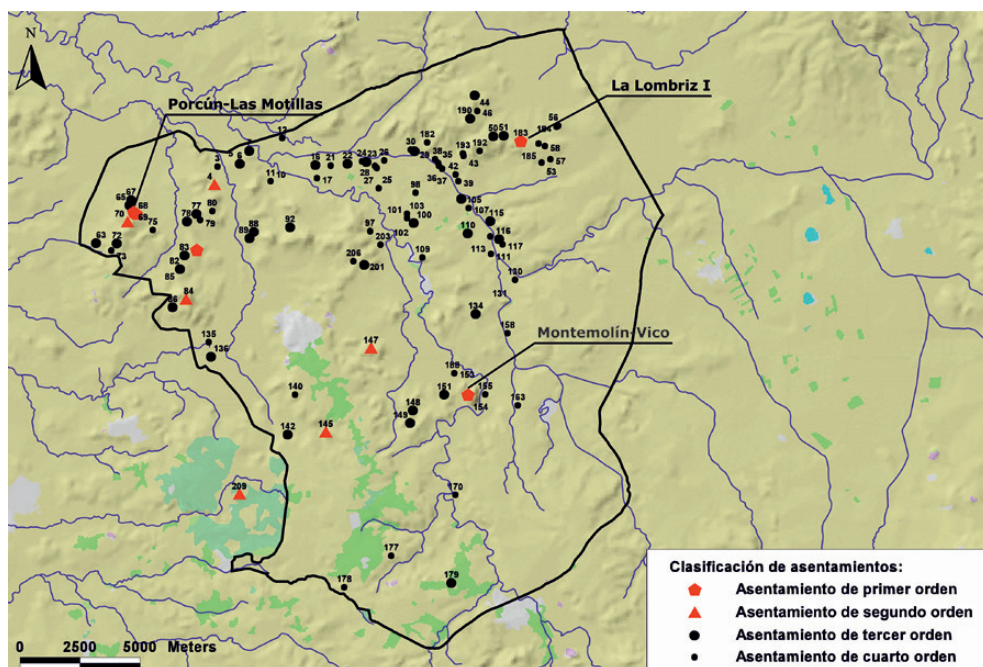


Fig. 2. El poblamiento de la comarca de Marchena (Sevilla) durante el Hierro II.

de Andalucía (García Fernández, 2007) (Fig. 2), y por el otro, la extensión del fenómeno colonizador a otras zonas donde aún no se había iniciado o lo había hecho muy débilmente, concretamente en la margen oriental de la ensenada bética, la campiña de Jerez o el valle del Guadalquivir (Ferrer et al., 2007: 209-212).

Asimismo, se aprecia una reactivación en el tráfico comercial regional, especialmente con los centros púnicos de la costa, que estaría estrechamente relacionada con los dos fenómenos anteriores, en concreto con la intensificación de la producción agrícola –y la correspondiente fabricación de envases para su transporte– y con el impulso y promoción de los núcleos portuarios situados en ambas márgenes del Guadalquivir (Ferrer et al., 2010). Esta reactivación se refleja

principalmente en la llegada de productos foráneos, sobre todo ánforas y vajilla de lujo, así como en la aparición de infraestructuras industriales y de almacenamiento en algunos de estos *emporia*. No obstante, la intensidad y alcance de esta dinámica variará a lo largo de la segunda mitad del I milenio a.C. al tiempo que *Gadir* se convertía en cabeza de un amplio sistema económico y comercial que se extendía a ambas orillas del Estrecho y se proyectaba hacia el Atlántico.

3.1. EL SIGLO V A.C. EN EL BAJO GUADALQUIVIR

Como se ha dicho, uno de los fenómenos más interesantes a nivel territorial es la perpetuación del modelo de implantación rural surgido

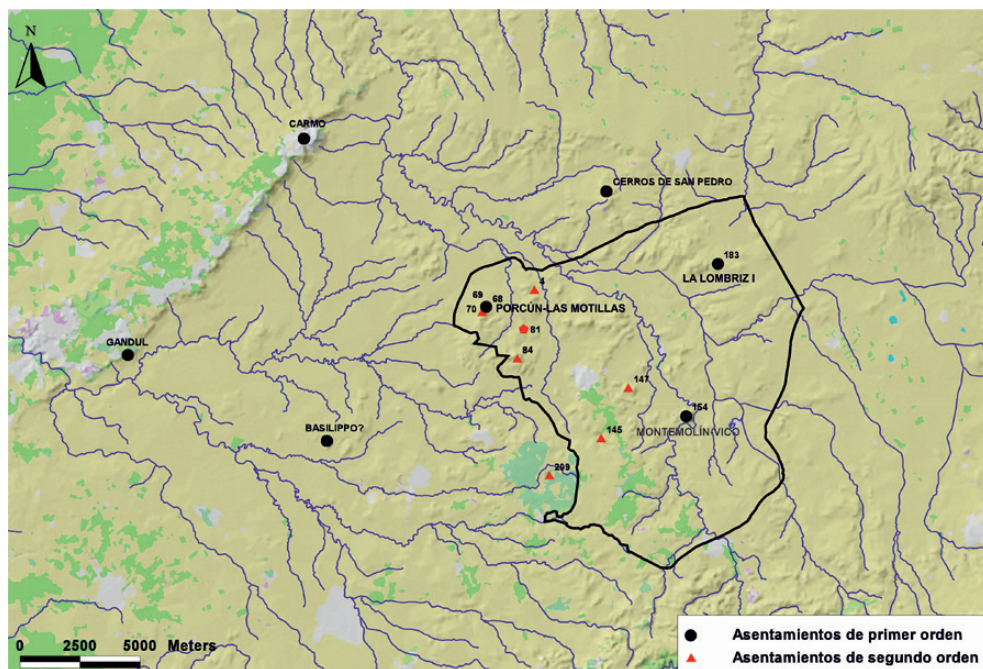


Fig. 3. *Asentamientos de primer y segundo orden de la campiña de Sevilla.*

en el Hierro I (siglos VII-VI a.C.) y el incremento de los establecimientos agrícolas en las áreas de campiña (fig. 2). Este fenómeno es apreciable sobre todo en el sector occidental, en las comarcas de Marchena y Fuentes de Andalucía, y también en la vega de Carmona (Conlin et al., 2007.), mientras que en la zona oriental el poblamiento rural en las comarcas de Osuna y Estepa revela una situación de contracción similar a la observada en la campiña de Córdoba. Así pues, después de un breve intervalo, en el que se produce el abandono de algunos asentamientos de mediano y pequeño tamaño, el número de aldeas y granjas comienza a aumentar paulatinamente desde mediados del siglo V a.C. hasta finales de la siguiente centuria, llegando a alcanzar el centenar en el territorio de Marchena (García

Fernández, 2006: 1033). La mayoría se sigue concentrando en las proximidades de los ríos y los arroyos con caudal permanente, como el Corbones, el Salado o el Madrefuentes, mientras que otros tantos se distribuyen en los cerros y lomas de mediana altura que salpican la región, como es el caso de los cerros de Porcún, Las Motillas y las lomas de La Torre y la Santa Iglesia en sector noroccidental del término; las lomas de La Verdeja, La Lombriz y La Platosa en el cuadrante nororiental, colindante con los vecinos municipios de Écija y Fuentes de Andalucía; o el entorno de los Cerros de San Pedro, situado ya en este último. En cualquier caso, estos asentamientos se ubicaron siempre cerca de cursos de agua permanente o manantiales que garantizaran el abastecimiento hídrico (fig. 2).

Al igual que en el periodo anterior, este poblamiento rural estuvo regido y estructurada por una serie de asentamientos de primer orden, que hemos venido denominando *oppida*, apoyados en una red de asentamientos de segundo orden, probablemente de carácter defensivo, que permitían complementar el control visual y la presencia efectiva de los grupos de poder en el territorio (García Fernández, 2007: 95-103). Tanto unos como otros se sitúan, cada uno a su escala, en los lugares más aptos desde el punto de vista estratégico, sobre cerros amesetados de mediana altura, fácilmente protegibles, con una amplia visibilidad y próximos a las principales vías de comunicación (Fig. 3). La práctica totalidad de estos núcleos tuvieron su origen en la I Edad del Hierro, manteniéndose activos sin aparente solución de continuidad al menos hasta la conquista romana. A pesar de que ninguno ha sido objeto de excavaciones en extensión, hay razones suficientes para pensar que adquirieron ya por estas fechas una estructura urbana, con un recinto defensivo, organización del espacio y división funcional del mismo. En el caso concreto de Montemolín-Vico, si bien la acrópolis había quedado despoblada desde finales del siglo VI a.C. hasta la Segunda Guerra Púnica (Bandera et al., 1993: 33-34), el hábitat principal se mantuvo en la ladera de la elevación y sobre el cerro contiguo, como se desprende de la secuencia de ocupación ininterrumpida y la propia evolución de los repertorios cerámicos (Bandera y Ferrer, 2002). Tampoco resulta fácil definir sus territorios teóricos, aunque un estudio conjunto de su ubicación topográfica y de sus cuencas visuales en relación con los ejes vertebradores del territorio, las fuentes de recursos y los hábitats menores, permite entender la función de estos centros como

cabezas respectivas de sus áreas productivas. Así pues, la comarca de Marchena se articula en torno a cuatro asentamientos matrices: el conjunto Porcún I y II-Las Motillas, Vico-Montemolín, La Lombriz I y Cerros de San Pedro, ya en Fuentes de Andalucía (fig. 3). Los primeros se apoyarían, como hemos visto, en al menos dos líneas de atalayas destinadas al control y protección de las áreas de interés agrícola y de las vías de comunicación: una en sentido norte sur, situada entre los arroyos del Carretero y Galapagar, y otra más al sur, atravesando el territorio de Marchena en sentido suroeste-noreste (García Fernández, 2007: 114-118) (fig. 3).

Todo apunta a que estos asentamientos jugarían a su vez un rol subsidiario con respecto a la ciudad de Carmona. Este núcleo, si no lo era ya antes, se configura ahora como una ciudad-estado, centro de un territorio amplio que abarcaba gran parte de la campiña occidental de Sevilla y parte de la vega del Guadalquivir (Ferrer y Bandera, 2005: 571-572; 2007: 71-72; García Fernández, 2007: 119 ss.). La creación de este territorio había sido posible gracias a la superioridad estratégica, visual y defensiva de *Carmo* respecto de los demás asentamientos de primer orden, con los que probablemente había mantenido una relación de isonomía durante el Bronce Final, o al menos una supremacía jerárquicamente menos acusada. En este proceso debió tener un papel determinante la colonización fenicia en los territorios cercanos (*Caura*, El Carambolo, *Spal*), así como el establecimiento de una comunidad en la propia *Carmo*, presumiblemente mediante un pacto con la elite local (Belén et al., 1997). Los asentamientos de primer orden adoptaron a partir de entonces un papel subalterno y complementario centrado, como se ha

visto, en la residencia de los poderes locales y en el control y explotación económica del territorio circundante. De hecho, a diferencia de *Carmo*, estos asentamientos no desarrollaron formas plenamente urbanas hasta estos momentos (siglos V y IV a.C.), como ocurre en Montemolín-Vico y probablemente también en Porcún I y II, Cerros de San Pedro o *Basilippo*.

No hay evidencias concluyentes que permitan establecer límites nítidos del territorio carmonense, ni el origen ni la evolución de este proceso, pero los estudios de visibilidad e intervisibilidad contribuyen a reafirmar la importancia estratégica, el control visual y el papel preeminente de *Carmo* en el escenario político (**Fig. 4**), aunque no podamos de momento extrapolar estos datos a la cartografía (Keay et al., 2001). Hay otros factores, además de la visibilidad, que otorgan a esta ciudad un valor estratégico y una centralidad territorial, como la situación junto a una transitada vía de comunicación terrestre, fluvial o marítima, o la proximidad a un lugar de importancia económica (minas, tierras agrícolas, salinas, etc.), entre otros. Aun así, los perfiles de relieve entre *Carmo* y los principales asentamientos situados en su órbita, y los mapas de intervisibilidad combinados entre sí, ponen de manifiesto no sólo la supremacía física sino también la formación de una posible *chora* al sur del alcor, visualmente protegida por una red de asentamientos de primer y segundo orden (*oppida* y atalayas) equidistantes de *Carmo* 25'2 km de media (Ferrer et al., 2011) (fig. 3).

El análisis del territorio de *Carmo* en el período inmediatamente posterior (García Vargas et al., 2002; Oria y García Vargas, 2007) y en época islámica (Domínguez Be-

renjeno 2007) puede aportar algunos datos de interés al respecto. En época romana, por ejemplo, "el estatuto de esta comunidad permitiría conservar la forma de propiedad y explotación prerromana... Los yacimientos que por su extensión y abundancia de restos hemos considerado aglomeraciones rurales, ..., son continuación de importantes poblados turdetanos con material republicano, lo que casa bien con la pervivencia de la organización social prerromana documentada también en la epigrafía... De hecho, es muy posible que exista relación directa entre estos núcleos de población rural y las "centurias" cuyos nombres aparecen en varias inscripciones de las que una se refiere expresamente al territorio de *Carmo* (CIL II 128*...). Dichas centurias serían en origen gentilicias para convertirse después en demarcaciones territoriales con fines de control administrativo, es decir, *pagi*" (Oria y García Vargas, 2007: 152-153).

Volviendo al período prerromano, la suma de visibilidades de aquellos asentamientos de primer orden (Montemolín-Vico, Porcún, Cerros de San Pedro, *Basilippo*, etc.) que consideramos dependientes de *Carmo* configuran un territorio extenso que comprendería los valles de los tributarios del Guadalquivir por la izquierda, ríos Corbones y Guadaíra, desde Los Alcores hasta las estribaciones meridionales de la sierra subbética (c. 1100 km²), sin contabilizar la superficie comprendida entre el alcor y el cauce del río Guadalquivir, en la que no hay evidencias de poblamiento hasta época romana (fig. 3). Este territorio garantizaría la autarquía agrícola, ya que dispone de suelos idóneos para el cultivo de cereales y olivos, y sabemos por los análisis polínicos y antracológicos que hubo también zonas de pastos y bosques (Ferrer

et al., 2011: passim). Hay dos factores que permiten argumentar esta hipótesis: por un lado, la estabilidad del poblamiento rural y de la estructura socioeconómica, síntomas de un férreo control territorial y de la correcta defensa del espacio político, y, por otro, la inexistencia de municipios romanos al norte y al sur de *Carmo*, que revela hasta qué punto la ciudad tuvo capacidad de definir y mantener en el tiempo los límites de su *chora*; no en vano Julio César (B.C. 2.19. 4) aludió a ella como "...*quae est longe firmissima totius prouvinciae ciuitas*".

En cualquier caso, no tenemos evidencias suficientes para asegurar que Carmona controlara los núcleos urbanos situados a orillas del Guadalquivir, o al menos no todos, aunque algunos autores, como O. Arteaga y G. Chic, proponen que Cerro Macareno podría haber sido su emporio (Chic, 2007: 149-150). Tampoco conocemos el estatuto de estas comunidades ribereñas, si fueron comunidades independientes, interdependientes o sometidas de alguna manera a un poder externo, no necesariamente próximo. Lo que sí parece evidente es que formaron desde muy temprano un sistema, con funciones más o menos definidas, siempre en relación con su carácter industrial y portuario, punto de confluencia entre las comarcas interiores, donde se concentraban los recursos agropecuarios, pero también los minero-metalúrgicos de la vecina cuenca de Aznalcóllar y del piedemonte de Sierra Morena, y el curso del Guadalquivir, auténtica arteria fluvial y principal vía de entrada y salida de mercancías (Ferrer et al., 2008).

Como se ha dicho, los síntomas de recuperación de estos centros son tempranos y elocuentes de esta vocación mercantil, si

bien con ritmos distintos. En *Ilipa*, la actual localidad de Alcalá del Río, casi todas las secuencias estratigráficas registradas hasta la fecha revelan una continuidad en la ocupación, aunque la ausencia de contextos constructivos claros del siglo V a.C. no deja de ser significativa de la coyuntura de inestabilidad que afecta a toda la región en este periodo. En este caso, la población parece que se concentró en la zona más alta del promontorio, donde a pesar de la deficiente conservación de los contextos de este periodo, se ha podido comprobar el mantenimiento en la orientación de los muros, de la articulación espacial y de las técnicas constructivas de los edificios entre finales del siglo VI y el II a.C. (Ferrer y García, 2007: 123-124). La misma continuidad estratigráfica se detecta en Cerro Macareno, donde el tránsito del siglo VI al V a.C. es nítido y sin rupturas (Pellicer et al., 1983: 107-108), y donde se documenta un amplio sector industrial cuyos inicios de producción se fechan precisamente a finales de esta centuria (Fernández Gómez et al. 1979: 74-75; Ruiz Mata y Córdoba, 1999: 97). Por su parte, el Cerro de la Cabeza (Santiponce, Sevilla) parece abandonarse entre finales del siglo V e inicios del IV a.C. (Dominguez de la Concha et al. 1988: 127), aunque en este caso el motivo no parece haber sido tanto las consecuencias de la crisis, que ya había quedado atrás en el tiempo, como un cambio en el meandro del Guadalquivir que correría a sus pies y que habría provocado el traslado de la población a la vecina colina de San Antonio, primitivo solar de la Itálica histórica y cuyo hábitat parece inaugurarse precisamente en el siglo IV a.C. (Escacena, 1983: 59-60; Escacena, 1993: 194.).

Aunque la antigua *Spal* debió seguir jugando un papel crucial como puerto estua-

rino en el tráfico de mercancías durante la II Edad del Hierro (García y Ferrer, 2011), no se aprecia una continuidad clara entre los siglos VI y V a.C. La actividad del emporio parece reactivarse a fines del siglo V a.C. (García Fernández, 2010: 207-208; Escacena y García, 2012: 787-788), que es cuando volvemos a tener datos estratigráficos fiables, coincidiendo con la reanudación de los contactos comerciales con los centros púnicos de la costa de Cádiz y Málaga, desde donde arriban los primeros ejemplares de ánforas salazoneras MP-A4 (T-11.2.1.4) (García y Ferrer, 2011: 359). No fue sin embargo hasta mediados del siglo IV a.C. cuando se recuperó la dinámica constructiva, que se acelerará durante los siglos siguientes, contemporáneamente a la eclosión del comercio gaditano (García Fernández, 2010: 208-209). La secuencia obtenida en la C/ Abades 41-43, donde se suceden sin solución de continuidad fases de construcción y niveles de destrucción y amortización manteniendo las mismas técnicas edilicias, las mismas alineaciones y la misma orientación de los muros, revela no sólo la continuidad espacial, sino también la pervivencia de la función residencial en el mismo solar durante varias generaciones (Jiménez et al., 2006: 309).

Lo mismo se puede decir de la vecina *Caura*, cuyo barrio fenicio fue objeto, como se ha visto, de un prolongado abandono que se extendió hasta mediados del siglo IV a.C. (Escacena e Izquierdo, 2001: 139). Sin embargo, en este caso sí se han constatado evidencias de ocupación, aunque no estable, en el reborde oriental del cabezo sobre el que se situaba el asentamiento, en la zona más cercana al Guadalquivir. En efecto, los contextos más antiguos de época turdetana documentados en el sondeo CAU/A, corres-

pondientes a una sucesión de depósitos de relleno o amortización asociados a muros superpuestos pertenecientes probablemente a la reconstrucción periódica de una estructura de carácter doméstico (Escacena e Izquierdo, 1999), podrían fecharse entre el siglo V y mediados del IV a.C. (Ferrer et al. 2010: 75), aunque no fue hasta este último momento cuando contemos con los primeros niveles constructivos. Las razones de este desfase cronológico respecto a otros enclaves, como Cerro Macareno o incluso *Ilipa Magna*, respondió quizá a la ausencia de recursos propios, en unos territorios que debieron limitarse a las terrazas y los rebordes orientales del Aljarafe respectivamente, y a la dependencia de estos centros de su carácter portuario (Ferrer et al. 2010: 69).

El panorama aguas abajo del estrecho de Coria no difiere mucho del que acabamos de dibujar para el antiguo estuario del Guadalquivir. Aunque contamos con pocos datos procedentes de excavaciones, y más aún recientes, los núcleos de Maribáñez (Los Palacios y Villafranca), *Searo* (Torre del Águila, Utrera), *Conobaría* (Las Cabezas de San Juan), *Nabrissa* (Lebrija), Cerro de las Vacas (Lebrija), *Asta Regia* (Mesas de Asta, Jerez de la Frontera), *Eboura* (Cortijo de Ébora, Sanlúcar de Barrameda) y el santuario de La Algaida (Sanlúcar de Barrameda), parecen seguir una evolución análoga en lo que se refiere a su desarrollo poblacional y urbano. La ubicación privilegiada de estos centros, en cerros o lomas de mediana altura próximos a las orillas de la ensenada bética o a alguno de los esteros que penetran hacia las feraces tierras del interior, es garantía más que suficiente de su potencial económico y territorial (Ferrer et al. 2008: 236-239) (fig. 4). Al contrario de lo que ocurre en el valle

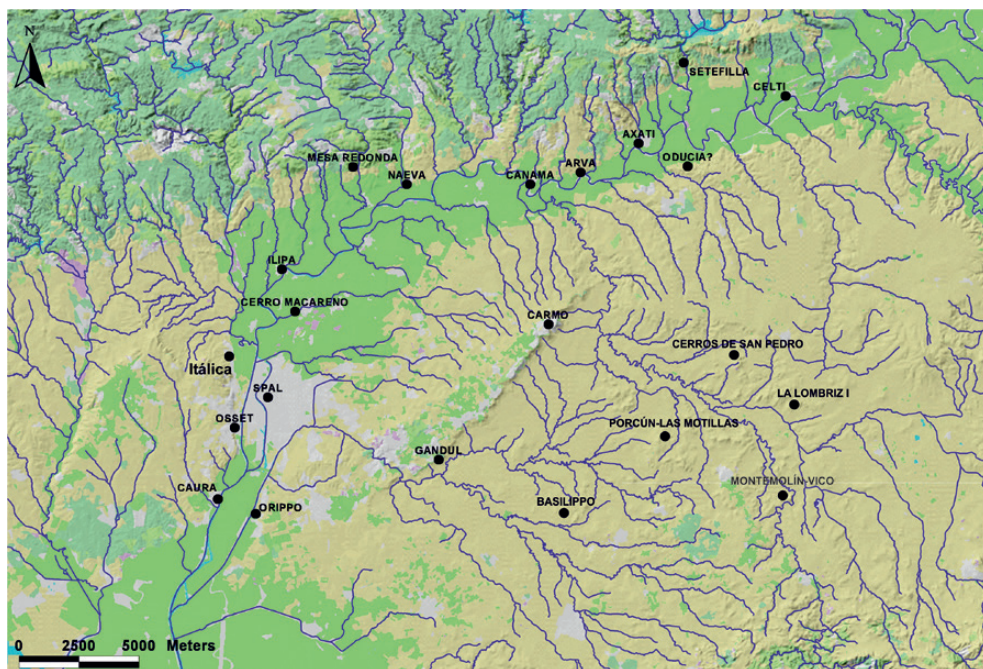


Fig. 4. *Articulación del territorio de Carmo y los principales asentamientos del Guadalquivir bajo y medio.*

del Guadalquivir, donde la población se concentraba en los grandes núcleos portuarios junto al río y no se detectan asentamientos menores al menos hasta los inicios de la ocupación romana, en la antigua ensenada tartésica los centros antedichos encabezaron en sus respectivos territorios toda una red de establecimientos agrícolas que se extendían tierra adentro hasta las estribaciones de la serranía de Cádiz (García Fernández, 2006: 1062-1063). La única excepción parece ser las comarcas de Dos Hermanas y Los Palacios y Villafranca, donde la pobreza de los suelos, la abundancia de áreas pantanosas y la ausencia de altozanos que facilitarían el asentamiento humano y la defensa del territorio limitaron la proliferación de establecimientos rurales en una zona que sirvió de

bisagra entre el valle del Guadalquivir y las tierras bañadas por la ensenada bética (Ferrer et al. 2008: 236-237).

El conocimiento que tenemos de este fenómeno es desigual, como también lo son sus antecedentes, pues algunas zonas como el entorno de *Asta Regia* ya contaba con un cinturón de factorías durante el periodo orientalizante (González et al. 1995; González y Ruiz Mata, 1999), mientras que en la comarca de Lebrija y Las Cabezas éstas surgirán sobre todo a partir del siglo VI a.C. (García Fernández, 2005: 897-898; Ferrer et al., 2007: 209-210), continuando durante la II Edad del Hierro. No obstante, sí se detecta un auge generalizado del poblamiento rural a partir de mediados del siglo IV a.C. en toda

la comarca, que afecta también a la campiña sureste de Sevilla (Ruiz Delgado, 1985: 244-245) y a la campiña de Cádiz, desplegándose por el valle del Guadalete (González Rodríguez, 1987).

4. SÍNTESIS Y CONCLUSIÓN

El contexto en el que se desarrolla este fenómeno de recuperación de las relaciones comerciales interregionales tiene como epicentro a *Gadir*, ciudad que vehiculó productos propios (salazones, vajilla cerámica, productos agropecuarios) y ajenos (cerámica ática, ánforas corintias, etc.) hacia otras áreas receptoras, protagonizando una expansión que trasciende el papel exclusivamente comercial que se le suele atribuir y que se empieza a percibir como una empresa de mayor calado, incluso demográfica, centrada sobre todo en los siglos IV-III a.C., pero con antecedentes evidentes a fines del centuria anterior. De hecho, la expansión por la campiña gaditana y el desarrollo del cultivo del olivo a gran escala, mediante la creación de granjas (tipo Cerro Naranja), es un fenómeno que debió revestir algún tipo de control del territorio y generar disputas (o pactos) con una vecina poderosa, *Hasta Regia*. Detrás de este proceso expansivo pudo estar Cartago, como probablemente lo estuvo también tras la expansión atlántica gaditana por el litoral onubense (Ferrer, 2004: passim), del Algarve (Sousa y Arruda, 2010: 951-974) y, en busca del estaño, de Galicia (González Ruibal, 2004: 287-317; 2006: 121-150; González Ruibal et al., 2010: 577-600). El periplo de Himilcón, aunque sin fecha clara establecida, pero con seguridad anterior a fines del siglo IV a.C. como lo fue el de Hannón para

el litoral atlántico africano, pone de manifiesto no sólo la capacidad de Cartago para acometer empresas de esta envergadura sino también la existencia de intereses estratégicos (tráfico de estaño, control de rutas, etc.) y el firme compromiso de tutela sobre estos territorios.

El Bajo Guadalquivir se integró en esta área de expansión tempranamente, desde fines del siglo V a.C., y además de productos envasados y vajillas de procedencia gaditana y mediterránea, pudo recibir población de origen fenicio en una proporción difícil de calibrar, pero de carácter permanente, que habitaría en los emporios y en las principales ciudades de la región, como *Carmo* e *Ilipla*, cerca por tanto de las fuentes de recursos requeridos, agropecuarios y metalíferos respectivamente. Aunque tardía para el momento que analizamos, la documentación numismática (Chaves Tristán, 2000: 115 ss.), epigráfica (Zamora et al., 2004: 77-89) y literaria (Str. 3.2.15) no desmiente la posibilidad de la existencia de comunidades semitas en estos centros cercanos a importantes vías de comunicación marina, fluvial y terrestre.

Sin embargo, la base económica y sociopolítica que posibilitó el desarrollo del comercio a media distancia se fundamenta en la consolidación de las estructuras políticas locales, es decir, en la formación de ciudades-estado surgidas tras la desaparición del sistema colonial fenicio y del ocaso de las aristocracias orientalizantes. Según la versión que proponemos, el siglo V a.C. en el ámbito geográfico turdetano se caracterizaría por un doble fenómeno de transformación y continuidad: transformación en las bases políticas de convivencia de las comunidades –ocaso de las aristocracias gentilicias y emergencia

de los valores cívicos-, y continuidad en la articulación de los territorios, aunque parece que fue a partir de estos momentos cuando se empiezan a delimitar las “fronteras” de las ciudades más importantes del entorno, entre ellas *Carmo*.

Después de un largo período de transformaciones protagonizado por conflictos internos que pudieron constituir la expresión violenta de movimientos sociales anti-fenicios y anti-aristocráticos, el nuevo panorama

apenas esbozado no acusa la decadencia ni la atonía que siempre se le ha atribuido al “período turdetano”, sino unas bases socioeconómicas y políticas diferentes que han dejado un registro arqueológico muy distinto al del Hierro I. Hasta el momento, esta fase está más definida por las ausencias (necrópolis, santuarios, objetos suntuarios) que por las evidencias, aunque las recientes excavaciones en ciudades y en asentamientos rurales hacen atisbar a medio plazo un cambio sensible en la percepción de esta época.

BIBLIOGRAFÍA

AGUAYO, P.; CARRILERO, M. y MARTÍNEZ, G. (1991): “La presencia fenicia y el proceso de aculturación de las comunidades del Bronce Final de la depresión de Ronda (Málaga)”, en *Atti del II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, Roma, pp. 559-571.

ALVAR EZQUERRA, J. (1991): “La caída de Tiro y sus repercusiones en el Mediterráneo”, en *La caída de Tiro y el auge de Cartago. V Jornadas de Arqueología fenicio-púnica. TMAI 25*, Ibiza, Museu Arqueològic d'Eivissa i Formentera, pp. 19-27.

— (1993): “El ocaso de Tarteso”, en ALVAR, J. y BLÁZQUEZ, J. M. (Eds.), *Los enigmas de Tarteso*, Madrid, Cátedra, pp. 39-68.

ALVAR, J.; MARTÍNEZ, C. y ROMERO, M. (1992): “La (supuesta) participación de Cartago en el fin de Tarteso”, *Habis*, 23, pp. 39-52.

ÁLVAREZ MARTÍ-AGUILAR, M. (2005): *Tarteso. La construcción de un mito en la historiografía española*, Málaga, CEDMA.

— (2009): “Identidad y etnia en Tartesos”, *Arqueología Espacial*, 27, pp. 79-112.

— (2010): “Tartessos: un etnónimo de la Iberia púnica”, *Mainake*, XXXII, 1, pp. 395-406.

AMORES, F. y FERNÁNDEZ, A. (2000): “La necrópolis de la Cruz del Negro (Carmona, Sevilla)”, en *Argantonio, rey de Tartessos*, Sevilla, Fundación El Monte, pp. 156-163.

ARTEAGA, O. (1994): “La Liga Púnico-Gaditana. Aproximación a una visión histórica occidental, para su contrastación con el desarrollo de la hegemonía cartaginesa, en el mundo mediterráneo”, en *Cartago, Gadir, Ebuso y la influencia púnica en los territorios hispanos. TMAI 33*, Ibiza, Museu Arqueològic d'Eivissa i Formentera, pp. 25-58.

— (2001): “La emergencia de la “polis” en el mundo púnico occidental”, en *Protohistoria de la Península Ibérica*, Barcelona, Ariel, pp. 217-281.

ARTEAGA, O.; SCHULZ, H. D. y ROOS, A. M. (1995): “El problema del ‘Lacus Ligustinus’. Investigaciones geoarqueológicas en torno a las marismas del Bajo Guadalquivir”, en *Tartessos 25 años después (1968-1993)*, Jerez de la Frontera, Ayuntamiento de Jerez de la Frontera, pp. 99-135.

AUBET SEMMLER, M. E. (1975): *La necrópolis de Setefilla en Lora del Río, Sevilla*, Barcelona, CSIC.

- (1975): *La necrópolis de Setefilla (Túmulo B)*, Barcelona, CSIC.
- (1994): *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*, Barcelona, Crítica.
- BANDERA, M. L. DE LA; CHAVES, F.; ORIA, M.; FERRER, E.; GARCÍA, E. y MANCEBO, J. (1993): “Montemolín. Evolución del asentamiento durante el Bronce Final y el período orientalizante (campañas de 1980 y 1981)”, *AAC*, 4, pp. 15-47.
- BANDERA, M. L. DE LA y FERRER ALBELDA, E. (2002): “Secuencia estratigráfica tartesia y turdetana de Vico (Marchena, Sevilla)”, *Spal* 11, pp. 121-149.
- BANDERA, M. L. DE LA; CHAVES, F.; FERRER, E. y BERNÁLDEZ, E. (1995): “El yacimiento tartésico de Montemolín”, en *Tartessos 25 años después (1968-1993)*, Jerez de la Frontera, Ayuntamiento de Jerez de la Frontera, pp. 315-332.
- BELÉN DEAMOS, M. (2001): “Arquitectura religiosa orientalizante en el Bajo Guadalquivir”, en RUIZ MATA, D. y CELESTINO, S. (Eds.), *Arquitectura oriental y orientalizante en la Península Ibérica*, Madrid, CEPO, pp. 1-16.
- BELÉN, M. y ESCACENA, J. L. (1992): “Las necrópolis ibéricas de Andalucía occidental”, en BLÁNQUEZ, J. y ANTONA, A. (Eds.), *Congreso de Arqueología Ibérica. Las necrópolis*, Madrid, UAM, pp. 509-529.
- BELÉN, M.; ANGLADA, R.; ESCACENA, J. L.; JIMÉNEZ, A.; LINEROS, R. y RODRÍGUEZ, I. (1997): *Arqueología en Carmona (Sevilla). Excavaciones en la Casa-Palacio del Marqués del Saltillo*, Sevilla, Junta de Andalucía.
- BENDALA GALÁN, M. (1994): “El influjo cartaginés en el interior de Andalucía”, en *Cartago, Gadir, Ebusus y la influencia púnica en los territorios hispanos. VIII Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica. TMAI 33*, Ibiza, Museu Arqueològic d'Eivissa i Formentera, pp. 59-74.
- CHAVES TRISTÁN, F. (2000): “¿La monetización de la Bética desde las colonias púnicas?”, en GARCÍA-BELLIDO, M.P. y CALLEGARIN, L. (Coords.), *Los cartagineses y la monetización del Mediterráneo Occidental*. Anejos de *AEspA* XXII, Madrid, CSIC, pp.113-126.
- CHAVES, F.; BANDERA, M. L. DE LA y FERRER, E. (1999): “Ganado, sacrificio y manipulación de carnes: una propuesta aplicada al período orientalizante”, en *II Congreso de Arqueología Peninsular*, III, Alcalá de Henares, pp. 213-219.
- CHAVES, F.; BANDERA, M. L. DE LA; FERRER, E. y BERNÁLDEZ, E. (2000): “El complejo sacrificial de Montemolín”, en *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos*, II, Cádiz, pp. 573-581.
- CHAVES, F.; FERRER, E. y GARCÍA FERNÁNDEZ, E. (2006): “Relaciones interétnicas e identidades culturales en Turdetania (siglos II a.C.-I d.C.)”, en *L’Africa Romana. Atti del XV Convegno di Studi*, Roma, pp. 813-828.
- CHIC GARCÍA, G. (2007): “*Ilipa* romana: entre el prestigio y el mercado”, en FERRER, E. et al. (Eds.), *I Congreso de Historia de Alcalá del Río: Ilipa Antiqua. De la Prehistoria a la Época Romana*, Sevilla, pp. 149-170.
- CONLIN, E.; ANGLADA, R.; GÓMEZ SAUCEDO, M. T. y JIMÉNEZ, A. (2007): “El territorio de *Carmona*: patrones de distribución poblacional durante la Protohistoria”, en BENDALA, M. y BELÉN, M. (Eds.), *Actas del V Congreso de Historia de Carmona. El nacimiento de la ciudad: la Carmona protohistórica*, Carmona, pp. 303-329.
- DOMÍNGUEZ BERENJENO, E. L. (2007): “La huella olvidada: Arqueología y territorio en la Marchena andalusí”, en FERRER, E. (Ed.), *Arqueología en Marchena. El poblamiento antiguo y medieval en el valle medio del río Corbones*, Sevilla, Universidad de Sevilla, pp. 189-242.
- DOMÍNGUEZ DE LA CONCHA, M. C.; CABRERA, P. y FERNÁNDEZ, J. (1988): “Cerro de la Cabeza (Santiponce, Sevilla)”, *NAH*, 30, pp. 119-183.
- ESCACENA CARRASCO, J. L. (1983): “Problemas en torno a los orígenes del urbanismo a orillas del Guadalquivir”, *Gades*, 11, pp. 39-83.

- (1987): “El poblamiento ibérico en el Bajo Guadalquivir”, en RUIZ, A. y MOLINOS, M. (eds.), *Actas de las Primeras Jornadas sobre Mundo Ibérico*, Jaén, pp. 273-297.
- (1989): “Los turdetanos o la recuperación de la identidad perdida”, en AUBET, M.E. (Coord.), *Tartessos. Arqueología Protohistórica del Bajo Guadalquivir*, Sabadell, AUSA, pp. 433-476.
- (1992): “Indicadores étnicos en la Andalucía prerromana”, *Spal*, 1, pp. 321-343.
- (1993): “De la muerte de Tartessos. Evidencias en el registro poblacional”, *Spal*, 2, pp. 183-218.
- ESCACENA, J. L. y BELÉN, M. (1994): “Sobre las necrópolis turdetanas”, en SÁEZ, P. y ORDÓÑEZ, S. (Eds.), *Homenaje al Profesor Presedo*, Sevilla, Universidad de Sevilla, pp. 237-265.
- ESCACENA, J. L. y GARCÍA FERNÁNDEZ, F. J. (2012): “La Sevilla protohistórica”, en BELTRÁN FORTES, J. y RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ, O. (Eds.), *Hispaniae Urbes. Investigaciones arqueológicas en ciudades históricas*, Sevilla, Universidad de Sevilla, pp. 763-814.
- ESCACENA, J. L. e IZQUIERDO, R. (1999): “Proyecto Estuario. Intervención Arqueológica de 1994”, *Anuario Arqueológico de Andalucía 1994*, II, pp. 161-166.
- (2001): “Oriente en Occidente: Arquitectura civil y religiosa en un “barrio fenicio” de la *Caura tartésica*”, en RUIZ MATA, D. y CELESTINO, S. (Eds.), *Arquitectura oriental y orientalizante en la Península Ibérica*, Madrid, CEPO, pp. 123-157.
- FERNÁNDEZ FLORES, Á. y RODRÍGUEZ AZOGUE, A. (2007): *Tartessos desvelado. La colonización fenicia del Suroeste peninsular y el origen y ocaso de Tartessos*, Córdoba, Almuzara.
- FERNÁNDEZ FLORES, Á.; RODRÍGUEZ AZOGUE, A.; CASADO ARIZA, M. y PRADOS PÉREZ, E. (2014): *La necrópolis de época tartésica de La Angorrilla. Alcalá del Río, Sevilla*, Sevilla, Universidad de Sevilla.
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F.; CHASCO, R. y OLIVA, D. (1979): “Excavaciones en El Cerro Macareno. La Rinconada. Sevilla (Cortes E-F-G. Campaña 1974)”, *NAH*, 7, pp. 9-93.
- FERRER ALBELDA, E. (1994): “Algunas cuestiones sobre cronología y dispersión de las puntas de flecha orientalizantes en la Península Ibérica”, *AAC*, 5, pp. 33-60.
- (1998): “Suplemento al mapa paleoetnológico de la Península Ibérica: los púnicos de Iberia”, *Rivista di Studi Fenici*, XXVI, 1, pp. 31-54.
- (2004): “Sustratos fenicios y adstratos púnicos: los bástulos entre el Guadiana y el Guadalquivir”, *Huelva Arqueológica*, 20, pp. 281-298.
- (2006): “La bahía de Cádiz en el contexto del mundo púnico: aspectos étnicos y políticos”, *Spal*, 15, pp. 267-280.
- (2007): “Fenicios y cartagineses en el Tartessos postcolonial”, en BENDALA, M. y BELÉN, M. (Eds.), *Actas del V Congreso de Historia de Carmona. El nacimiento de la ciudad: la Carmona protohistórica*, Carmona, pp. 195-223.
- (2008): “Notes on the Geographical Location of the Polybian Toponyms Mastia Tarseion”, *Journal of Ancient Topography*, XVIII, pp. 143-158.
- (2011-2012): “Más acá y más allá de la Columnas de Heracles. Mastia Tarseion y las limitaciones el comercio en Iberia”, *CuPAUAM*, 37-38, pp. 347-361.
- (2013): “La piratería en los tratados entre Cartago y Roma”, en FERRER, E.; ÁLVAREZ-OS-SORIO, A. y GARCÍA VARGAS, E. (Coords.), *Piratería y seguridad marítima en el Mediterráneo Antiguo. Spal Monografías XVII*, Sevilla, Universidad de Sevilla, pp. 95-125.
- FERRER, E. y BANDERA, M. L. DE LA (2005): “El orto de Tartessos: la colonización agraria durante el período orientalizante”, en CELESTINO, S. y JIMÉNEZ, J. (Eds.), *El Periodo Orientalizante. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida. Anejos de AEspA XXXV*, Madrid, CSIC, pp. 565-574.

- (2007): “Santuarios, aldeas y granjas: el poblamiento durante el Bronce Final y el Período Orientalizante”, en FERRER, E. (Ed.), *Arqueología en Marchena. El poblamiento antiguo y medieval en el valle medio del río Corbones*, Sevilla, Universidad de Sevilla, pp. 45-87.
- FERRER, E. y GARCÍA FERNÁNDEZ, F. J. (2002): “Turdetania y turdetanos: Contribución a una problemática historiográfica y arqueológica”, *Mainake*, XXIV, pp. 133-151.
- (2007): “Primeros datos sobre la *Ilipa* turdetana”, en FERRER, E. et al. (Eds.), *I Congreso de Historia de Alcalá del Río: Ilipa Antiqua. De la Prehistoria a la Época Romana*, Sevilla, pp. 103-130.
- FERRER, E. y PLIEGO, R. (2010): “... *auxilium consanguineis Karthaginiensis misere*: Un nuevo marco interpretativo de las relaciones entre Cartago y las comunidades púnicas de Iberia”, *Mainake*, XXXII, 1, pp. 525-557.
- FERRER, E. y PRADOS, E. (2013): “Tarteso, de ciudad a imperio (o sobre la creación de identidades ficticias)”, en CAMPOS, J. y ALVAR, A. (Eds.), *Tarteso. El emporio del metal*, Córdoba, Almuzara, pp. 395-414.
- FERRER, E.; BANDERA, M^a L. DE LA y GARCÍA FERNÁNDEZ, F. J. (2007): “El poblamiento rural protohistórico en el Bajo Guadalquivir”, en RODRÍGUEZ, A. y PAVÓN, I. (Eds.), *Arqueología de la tierra. Paisajes rurales de la protohistoria peninsular*, Cáceres, Universidad de Extremadura, pp. 195-224.
- FERRER, E.; GARCÍA VARGAS, E. y GARCÍA FERNÁNDEZ, F. J. (2008): “*Inter Aestuaria Baetis*. Espacios naturales y territorios ciudadanos prerromanos en el Bajo Guadalquivir”, *Mainake*, XXX, pp. 217-246.
- FERRER, E.; GARCÍA FERNÁNDEZ, F. J. y ESCACENA, J. L. (2010): “El tráfico comercial de productos púnicos en el antiguo estuario del Guadalquivir”, *Mainake*, XXXII, 1, pp. 61-89.
- FERRER, E.; GARCÍA FERNÁNDEZ, F. J. y SÁNCHEZ GÓMEZ, F. (2011): “De la aldea al *oppidum*: el paisaje rural en el valle del Corbones durante el I^{er} milenio a.C.”, en GONZÁLEZ JIMÉNEZ, M. (Dir.), *Carmona. 7000 años de historia rural*, Carmona, pp. 75-109.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, F. J. (2002): “Turdetania, turdetanos y cultura turdetana”, *Numismatica e Antichità Classiche*. XXXI, pp. 191-202.
- (2003): *Los turdetanos en la Historia. Análisis de los testimonios literarios grecolatinos*, Écija, Gráficas Sol.
- (2005): “El poblamiento postorientalizante en el Bajo Guadalquivir”, en CELESTINO, S. y JIMÉNEZ, J. (Eds.), *El Periodo Orientalizante. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida*. Anejos de *AEspA* XXXV, Mérida, CSIC, pp. 891-900.
- (2006): *El poblamiento turdetano en el Bajo Guadalquivir* (Tesis Doctoral digitalizada), Sevilla, Universidad de Sevilla.
- (2007): “El poblamiento turdetano en la comarca de Marchena”, en FERRER, E. (Ed.), *Arqueología en Marchena. El poblamiento antiguo y medieval en el valle medio del río Corbones*, Sevilla, Universidad de Sevilla, pp. 89-142.
- (2010): “Redescubriendo la Sevilla protohistórica”, en GARCÍA FERNÁNDEZ, F. J. y RODRÍGUEZ, O. (Eds.), *Tendencias y aplicaciones en la investigación arqueológica. Encuentros de Jóvenes Investigadores 2006-2007*, Universidad de Sevilla, Sevilla, pp. 195-212.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, F. J. y GONZÁLEZ ACUÑA, D. (2007): “Secuencias estratigráficas y contextos culturales de la Sevilla prerromana”, en BENDALLA, M. y BELÉN, M. (Eds.), *Actas del V Congreso de Historia de Carmona. El nacimiento de la ciudad: la Carmona protohistórica*, Carmona, pp. 525-566.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, F. J. y FERRER, E. (2011): “Das Turdetanische Emporium Spal. Der Punische Handelsverkehr im Vorrömischen Sevilla (5. - 2. Jahrhundert V. Chr.)”, *Madrider Mitteilungen*, 52, pp. 335-374.

- GARCÍA FERNÁNDEZ, F. J. y GARCÍA VARGAS, E. (2010): "Entre gaditanización y romanización: repertorios cerámicos, alimentación e integración cultural en Turdetania (siglos III-I a.C.)", en MATA, C.; PÉREZ, G. y VIVES-FERRÁNDIZ, J. (Eds.), *De la cuina a la taula. IV Reunió d'Economia en el Primer Mil·lenni a.C. Sagvntvm* Extra-9, Valencia, pp. 115-134.
- GARCÍA MORENO, L. A. (1989): "Turdetanos, túrdulos y tartesios. Una hipótesis", en *Estudios sobre la Antigüedad en homenaje al prof. S. Montero Díaz*. Anejos de *Gerión* II, Madrid, Universidad Complutense, pp. 289-294.
- (1992): "Ciudades béticas de estirpe púnica (un ensayo postmarxista)", *Dialoghi di Archeologia*, 10, 1-2, pp. 119-127.
- GARCÍA VARGAS, E.; ORIA, M. y CAMACHO, M. (2002): "El poblamiento romano en la campiña sevillana: el Término Municipal de Marchena", *Spal*, 11, 311-340.
- GARRIDO ROIZ, J. P. (1970): *Excavaciones en la necrópolis de «La Joya», Huelva (1ª y 2ª campañas)*. EAE 71, Madrid, Ministerio de Educación y Ciencia.
- GARRIDO ROIZ, J. P. y ORTA, E. M. (1978): *Excavaciones en la necrópolis de «La Joya», Huelva, II (3ª, 4ª y 5ª campañas)*. EAE 96, Madrid, Ministerio de Educación y Ciencia.
- GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, R. (1987): "Excavaciones de urgencia en el Cerro Naranja (Jerez de la Frontera, Cádiz), 1985", *Anuario Arqueológico de Andalucía 1985*, III, pp. 90-96.
- GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, R.; BARRIONUEVO, F.; AGUILAR, L. y RUIZ MATA, D. (1995): "Prospección Arqueológica Superficial en el entorno de las marismas de Mesas (Jerez de la Frontera, Cádiz)", *Anuario Arqueológico de Andalucía 1992*, II, pp. 71-77.
- GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, R. y RUIZ MATA, D. (1999): "Prehistoria e Historia Antigua de Jerez", en *Historia de Jerez de la Frontera. De los orígenes a la época medieval*, Cádiz, Diputación de Cádiz, pp. 19-188.
- GONZÁLEZ RUIBAL, E. (2004): "Facing two seas: Mediterranean and Atlantic contacts in the north-west of Iberia in the first millenium BC", *Oxford Journal of Archaeology*, 23, pp. 287-317.
- (2006): "Past the last outpost: Punic merchants in the Atlantic Ocean (5th – c. 1st BC)", *Journal of Mediterranean Archaeology*, 19, 1, pp. 121-150.
- GONZÁLEZ RUIBAL, E.; RODRÍGUEZ, R. y AYÁN VILA, X. (2010): "Buscando a los púnicos en el Noroeste", *Mainake*, XXXII, 1, pp. 577-600.
- JIMÉNEZ, A.; GARCÍA VARGAS, E.; GARCÍA FERNÁNDEZ, F. J. y FERRER, E. (2006): "Aportación al estudio de la Sevilla prerromana y romano-republicana. Repertorios cerámicos y secuencia edilicia en la estratigrafía de la calle Abades 41-43", *Spal*, 15, pp. 281-312.
- KEAY, S.; WHEATLEY, D. y POPPY, S. (2001): "The territory of Carmona during the Turdetanian and Roman periods: Some preliminary notes about visibility and urban location", en CABALLOS, A. (Ed.), *Carmona romana*, Carmona, pp. 397-412.
- MALUQUER, J. (1970): *Tartessos. La ciudad sin historia*, Barcelona, Destino.
- ORIA, M. y GARCÍA VARGAS, E. (2007): "La campiña de Marchena en época romana", en FERRER, E. (Ed.), *Arqueología en Marchena. El poblamiento antiguo y medieval en el valle medio del río Corbones*, Sevilla, Universidad de Sevilla, pp. 143-187.
- PELLICER, M. (1979-1980): "Ensayo de periodización tartésica y turdetana", *Habis*, 10-11, pp. 307-333.
- PELLICER, M.; ESCACENA, J. L. y BENDALA, M. (1983): *El Cerro Macareno*. EAE 124, Madrid, Ministerio de Cultura.
- PLIEGO VÁZQUEZ, R. (2003): "Sobre el reclutamiento de mercenarios turdetanos: el campamento cartaginés de El Gandul (Alcalá de Guadaira, Sevilla)", *Habis*, 34, pp. 39-56.
- (2005): "Un nuevo conjunto monetar cartaginés procedente de El Gandul (Alcalá de Guadaira)", *Habis*, 34, pp. 39-56.

- ra, Sevilla)", en *Actas del XIII Congreso Internacional de Numismática*, I, Madrid, pp. 531-533.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A. (2009): *Campesinos y "señores del campo". Tierra y poder en la protohistoria extremeña*, Barcelona, Bellaterra.
- ROMÁN, J. M. y BELÉN, M. (2007): "Fenicios en Carmona: novedades arqueológicas", en BENDALA, M. y BELÉN, M. (Eds.), *Actas del V Congreso de Historia de Carmona. El Nacimiento de la ciudad: la Carmona protohistórica*, Carmona, pp. 479-510.
- RUFETE, P. (2002): *El final de Tartessos y el período turdetano en Huelva. Huelva Arqueológica*, 17, Huelva.
- RUIZ MATA, D. (2001): "Tartessos", en *Protohistoria de la Península Ibérica*, Barcelona, Ariel, pp. 1-90.
- RUIZ MATA, D. y CÓRDOBA, I. (1999): "Los hornos turdetanos del Cerro Macareno. Cortes H.I y H.II", en *XXIV Congreso Nacional de Arqueología*, Cartagena, pp. 95-105.
- RUIZ, A. y MOLINOS, M. (1997): "Sociedad y territorio en el Alto Guadalquivir entre los siglos VI y IV a.C.", en FERNÁNDEZ, J.; RUFETE, P. y GARCÍA, C. (Eds.), *La Andalucía ibero-turdetana (siglos VI-IV a.C.)*. *Huelva Arqueológica*, XIV, pp. 11-29.
- SOUSA, E. y ARRUDA, A. M. (2010): "A gaditanação do Algarve", *Mainake*, XXXII, 1, pp. 951-974.
- VAQUERIZO, D.; MURILLO, J. F. y QUESADA, F. (1992): "Excavación arqueológica con sondeos estratigráficos en Cerro de las Cabezas (Fuente Tójar, Córdoba). Campaña de 1991. Avance a su estudio", *AAC*, 3, pp. 171-193.
- VILLAR, F. (1995): "Los nombres de Tartessos", *Habis*, 26, pp. 243-270.
- ZAMORA, J. A; FERRER, E.; PRADOS, E. y FERNÁNDEZ, A. (2004): "Hallazgos recientes en Alcalá del Río (Sevilla), antigua *Ilipa Magna*: una plaza de pizarra con inscripción neopúnica", *Rivista di Studi Fenici*, XXXII, 2, pp. 77-89.